

Comentario de “Las vendutas”

En la ciudad de México, durante la segunda mitad del siglo XIX, las diversiones acostumbradas por las personas que podían alimentar su ocio consistían en asistir a funciones de teatro, en participar en los bailes que organizaba la alta sociedad o incluso en frecuentar tertulias donde se discutían temas de actualidad. Sin embargo, para los individuos que habían tenido la fortuna de conocer las ciudades modernas del continente europeo, el entretenimiento que podía encontrarse en la capital mexicana solía tornarse aburrido y repetitivo.

Para el cronista Manuel Payno —un joven que contaba ya con una trayectoria en finanzas públicas, además de que era reconocido como un literato importante dentro de la esfera del periodismo—, las distracciones ofrecidas en la urbe eran bastante fastidiosas a comparación de las que había visto en otros países, debido a la falta de preparación de los espectáculos vistos en México. Por tal motivo, mientras vagaba por las calles de la ciudad buscando entretenerse encontró una *venduta*; una subasta de pertenencias de algún individuo adinerado.

Payno hace una descripción atenta de la casa, de los objetos subastados y de los asistentes, además de que recoge las conversaciones de algunos caballeros. Hace notar que únicamente los grandes propietarios de inmuebles como aristócratas, comerciantes, políticos o militares de alto mando podían permitirse comprar en aquellos eventos, pues buscaban demostrar su poder adquisitivo ante el resto de personas ostentando poseer artículos de lujo, aunque los objetos se encontraran deteriorados.

En las conversaciones apuntadas por Payno podemos notar cómo se escuchan tonos de burla y competencia entre los asistentes, pues estos círculos sociales eran recelosos de las nuevas incorporaciones de gente que se había enriquecido, además de que el ambiente de especulación económica y política les daba cierta movilidad social gracias a las continuas disputas entre los partidos centralista, liberal y conservador.

La crítica de Payno se dirige hacia las manifestaciones de poder de los sectores acomodados del siglo XIX, no va contra la riqueza en sí misma, sino sobre el ridículo al que incurren *los poderosos, los adinerados*, con tal de figurar en la opinión pública y las altas esferas sociales. La pugna por artículos usados, si bien de lujo, es una lucha con más tintes ideológicos de lo que pareciera, y Payno nos permite ser parte consciente de ella: el extranjero contra el nacional (o rencores internacionales), el de viejo abolengo contra el nuevo rico; todos ellos han ganado su lugar en la estructura social, pero se empeñan en demostrarlo a los demás, que es lo que realmente les interesa.

Esta crónica posibilita una mirada a esa esfera social, siendo Payno parte de ella por razones distintas a las del dinero y la opulencia; el autor reconoce los excesos y el ridículo, los muestra a los lectores y hace gala de su sapiencia respecto al mercado y la situación económica nacional. La riqueza de México estaba en manos de los propietarios y mercaderes; la pobreza, más extendida entre la mayoría de los mexicanos, pero la verdadera crisis mermaba las finanzas del Estado, bloqueado por esos mismos grupos de poder y no tanto a causa de la falta de poder adquisitivo entre la población, llena, además, de contrastes abrumadores: el México de la especulación en sentido amplio, y la subasta es sólo uno más de sus escenarios.